

Presencia del Huila en los “Sueños de Luciano Pulgar”

Por Delimiro Moreno¹

Miembro Emérito de la Academia Huilense de Historia

“La historia necesita la distancia, no sólo de las pasiones, las emociones, las ideologías y los miedos de nuestras guerras de religión, sino de las tentaciones todavía más peligrosas de la “identidad”.

Eric Hobsbawm. *“Años interesantes. Una vida en el siglo XX”.* Ed. Crítica, Barcelona, 2003, p. 376.



Don Marco Fidel Suárez (Hatoviejo, hoy Bello, 23 de abril de 1855- Bogotá, 3 de abril de 1927), el polémico político, Presidente de Colombia de 1918 a 1921; internacionalista, canciller en varias oportunidades, creador de la doctrina de la Armonía Bolivariana y del “Respice Polum”, y gramático, fue, además, uno de los periodistas políticos (“publicistas” se decía entonces) más prolíficos de la historia nacional. Su obra máxima, los “Sueños de Luciano Pulgar”, es una recopilación, en

1 Delimiro Moreno Calderón. Nació en Bello (Antioquia), en 1932. Periodista de profesión e historiador de afición. Ha escrito y publicado veinte libros de historia de Colombia (“Del maguaré a la fibra óptica. Crónica de las Comunicaciones” y “Vigencia histórica del federalismo en Colombia”) y del Huila (“Más de 5.000 años de historia en el Huila” y quince más, sobre todo biografías de grandes huilenses. Activo periodista en las redes sociales bajo el seudónimo de «opipaisa», ha sido director del DIARIO DEL HUILA y jefe de redacción de varias emisoras locales.

12 tomos, de los 173 artículos publicados en el diario bogotano ‘El Nuevo Tiempo’ entre el 16 de octubre de 1922 y el 9 de marzo de 1927, pocos días antes de su muerte, el 3 de abril siguiente.

Para este ensayo, que además de un breve análisis de la vida y obra de Suárez, reseñará las cerca de 70 menciones de hechos, lugares y personajes del Huila en esos Sueños, utilizamos la edición que de ellos hizo el Ministerio de Educación Nacional, Ediciones de la revista “Bolívar”, en la colección Biblioteca de Autores Colombianos de la Librería Voluntad, impreso en la Editorial ABC, Bogotá, en 1954, de la cual tomamos todas las citas aquí contenidas.

El soñador

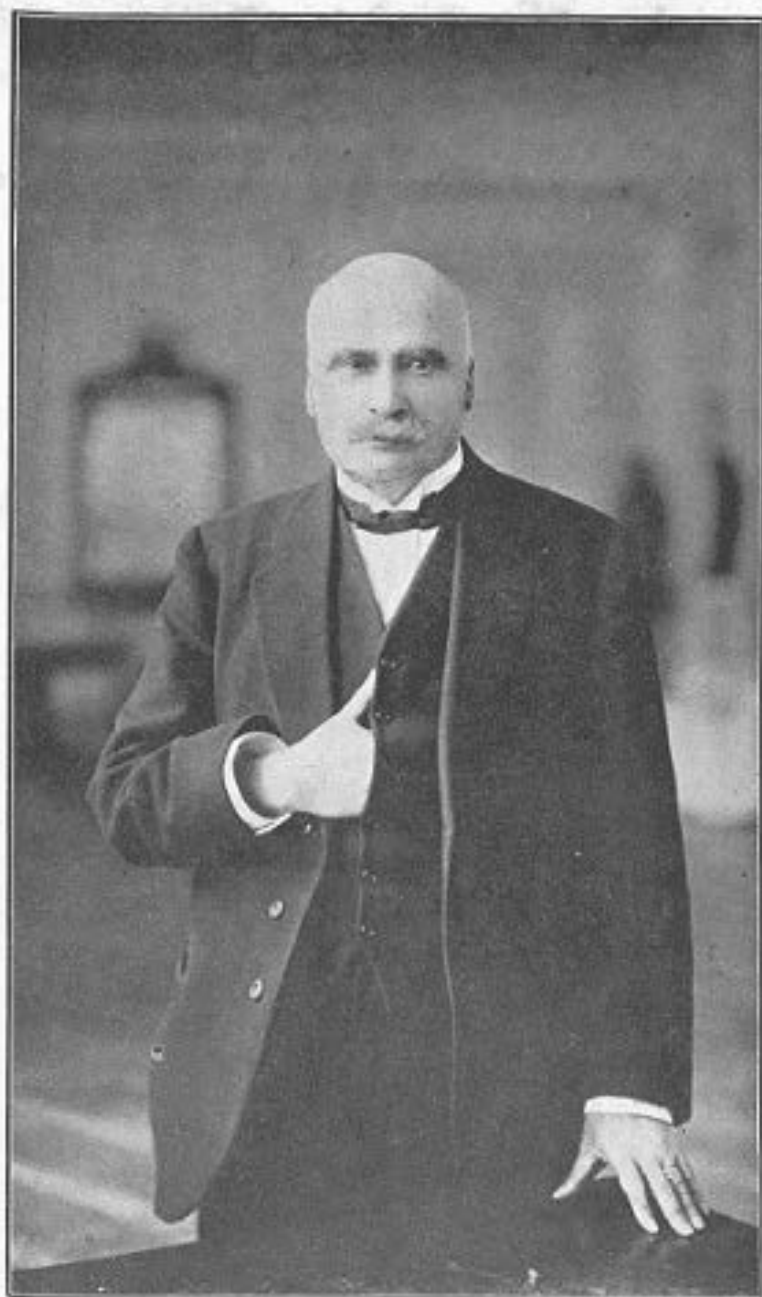
El señor Suárez nace en 1855, en Hatoviejo, una aldea atrasada de Antioquia, una de las más atrasadas regiones de la Colombia de entonces, a su vez, en el contexto mundial, una nación periférica, lejos de los centros mundiales de la economía y la política.

El país ya estaba enrumbado por los principios del liberalismo económico e ideológico, dentro de la hegemonía mundial del imperio inglés del libre comercio. En 1848, apenas siete años antes del nacimiento del señor Suárez, se había producido en Francia la caída del rey Luis Felipe, que dio origen a la segunda república francesa, dirigida por Lamartine y Louis Blanc.

Esa revolución causó tal impacto en la vida política, social y económica de Colombia, que fue la base de lo que se ha llamado *“la revolución del medio siglo XIX”*, es decir, la llegada de una nueva generación rebelde al gobierno que hasta ese momento estaba en manos de los próceres militares que nos dieron la Independencia.

La llegada al poder de civiles del recientemente fundado partido liberal que ocurre en 1849, es fundamental para comprender la historia de Colombia.

Empieza entonces la precaria inserción política -aunque no tanto económica ni social- de Colombia en el mundo moderno, dominado



Exmo. Sr. D. Marco Fidel Suárez
Presidente de la República

por la hegemonía del imperio inglés del libre comercio. Se fundan los partidos liberal y conservador; se produce la libertad de los esclavos, la abolición de las trabas coloniales a la industria y el comercio, garantizadas las libertades de comercio, de empresa, de prensa, que sentaron las bases del federalismo, adaptado al imperio mundial del libre comercio, dirigido por Inglaterra, al que nos habíamos unido, al derrotar entre nosotros al imperio colonial español con nuestra guerra de independencia, apoyada naturalmente por los ingleses en su lucha –triumfante- contra ese imperio.

En 1863, cuando el señor Suárez apenas tenía ocho años, se reúne la Convención de Rionegro, que termina la revolución de independencia y da a Colombia una constitución federal, en donde cada región tiene el derecho de manejar autónomamente su propio destino y diseñar su futuro. En ese preciso momento se desarrolla la infancia y la juventud del señor Suárez. Hay que entender eso: el señor Suárez, cuando Colombia se enrumba por el progreso liberal, nace en la región más conservadora política y religiosamente, y más atrasada económicamente del país: Antioquia, que saldrá precariamente de ese atraso y esa condición por obra y gracia de Pedro Justo Berrío, quien en diez años de gobierno, conservador políticamente, por otra parte, pero federal, y sobre todo liberal económicamente, sentó las bases del desarrollo antioqueño y logró poner a la región a la cabeza del país.

Pero en el momento en el que el señor Suárez nace, en la aldeíta que era Hatoviejo, Antioquia era la región de todas las colombianas la más atrasada, dominada intelectual y socialmente por el clero, aunque curiosamente no económicamente (el clero antioqueño no tenía las grandes propiedades que ostentaba en el resto del país y de Latinoamérica), y con una estructura económica campesina retardataria, la tierra en manos de un puñado de terratenientes (uno de ellos su padre), que por reacción produjo la colonización antioqueña. El niño Suárez recibe desde muy temprano el apoyo y la influencia del clero local y eso explica no solo su ideología política, sino su salto de niño aldeano y pobre a funcionario de la administración pública en Bogotá, en el momento, 1886, en que la contrarrevolución conservadora, conocida como la Regeneración, dirigida por Núñez y Caro, y apoyada por el joven Suárez, derriba el régimen liberal radical

federal, en el poder desde 1860.

Suárez recibe en su niñez el apoyo de los sacerdotes Joaquín Tobón, párroco de su pueblo, Joaquín Bustamante y Baltasar Vélez Velásquez, y del obispo José Joaquín Isaza, quienes no solo lo guían en la educación de sus primeros años, sino que le dan recomendaciones para que ingrese en Bogotá en el colegio del Espíritu Santo, dirigido por los líderes conservadores Carlos Martínez Silva y Sergio Arboleda. Allí Suárez completa su formación ideológica iniciada en el Seminario de Medellín y empieza a figurar, a los 26 años, en la élite intelectual bogotana, al ganar el concurso abierto por la Academia Colombiana de la Lengua sobre don Andrés Bello, con motivo del centenario de su nacimiento.

Podemos ver en la vida de Suárez, cuatro etapas de su desarrollo:

La primera, entre la fecha de su nacimiento (1855) y el premio que recibe de la Academia Colombiana de la Lengua (1881) por su ensayo sobre la gramática de Don Andrés Bello. Es el periodo de formación, fundamental para su vida y para comprender por qué en medio de una política nacional, liberal, en buena parte anticlerical, el señor Suárez, formado en un seminario, se convierte naturalmente en el adalid de las ideas y prácticas católicas.

La segunda etapa de su vida transcurre entre ese momento, 1881, y el año de 1900, cuando se desarrolla su actividad administrativa y política en el régimen de la Regeneración, que prácticamente termina con el golpe de Estado que Marroquín da contra Sanclemente, el 31 de julio de ese año, contra el cual protestará Suárez en documento escrito en el libro de posesiones del Ministerio de Instrucción Pública, que ocupaba, porque la falta de libertad de prensa, fruto de su régimen, le impedía que ese documento fuera público. En este segundo periodo de su vida se convierte en funcionario público de la Regeneración, en jefe político del conservatismo y en notable periodista.

El tercer periodo de la vida de Suárez se desarrolla entre los años 1900 y 1921, cuando renuncia a la Presidencia de la República, acosado por la oposición. Es la época más productiva del señor Suárez como dirigente político; ocupa casi todos los ministerios,

pero fundamentalmente la Cancillería, porque hay que anotar, que la más grande importancia política del señor Suárez es su labor como internacionalista, como diplomático, como creador de la doctrina bolivariana y del “*respice polum*” (mirar al norte), que durante mucho tiempo, aún hoy, guió las relaciones exteriores de Colombia.

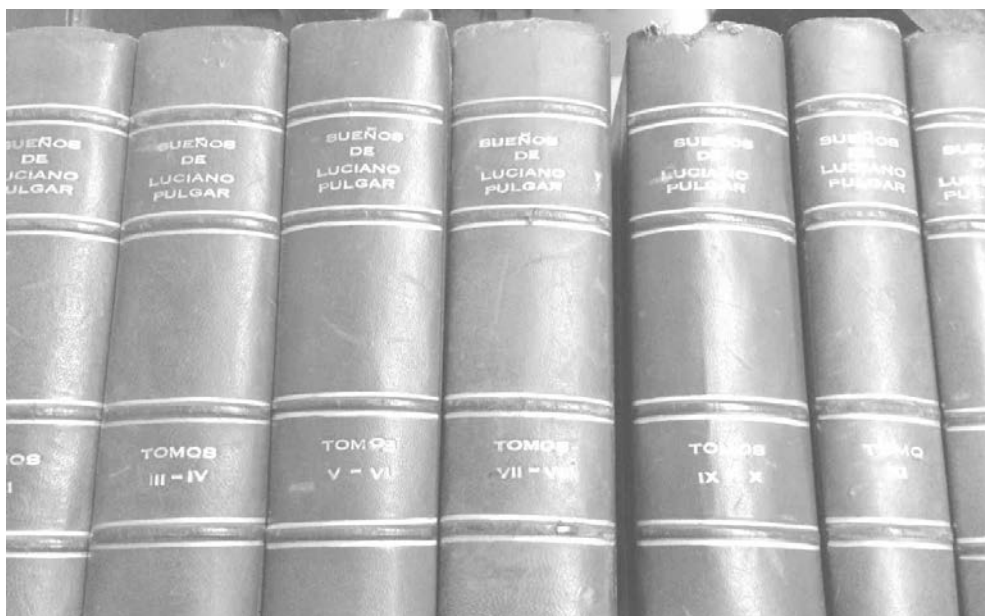
Durante esos años, de 1900 a 1921, Suárez es no solamente Canciller y Presidente de la República, sino que durante ese periodo, adelanta una intensa labor de educación del país, que hasta ese momento todavía sentía la herida de la separación de Panamá.

Colombia estaba aislada del mundo exterior. La separación de Panamá convirtió al país en una ínsula que realmente no tenía casi relaciones con el resto del mundo. Terminada la hegemonía mundial del imperio inglés del libre comercio, con el que estábamos sintonizados por la política liberal y económica federal, y a pesar de nuestra fatal inscripción en el nuevo modelo hegemónico mundial liderado por los Estados Unidos, estábamos aislados de él por nuestro conflicto por Panamá. Si tenemos en cuenta lo pobre que era Colombia, una nación sin desarrollo económico moderno alguno, sin acceso a los capitales internacionales, sin contacto prácticamente con el comercio mundial, podremos comprender su aislamiento, su carácter de país, seudopaís, en la periferia del poder mundial. Suárez se dedicó a tratar de sacar de esa situación a Colombia, y por eso, adelantó tres tareas fundamentales:

La primera: normalizar las relaciones de Colombia con la mayor potencia del mundo, Estados Unidos, por medio del tratado Urrutia-Thomson.

La segunda: modernizar el aparato administrativo del país, que prácticamente estaba desmantelado desde la guerra de los Mil Días.

Y la tercera, trabajar fuertemente por la introducción a Colombia de capitales extranjeros, pero reglamentando seriamente su actividad en el país con medidas progresistas de defensa de la soberanía económica y de los recursos naturales. Era la única posibilidad de desarrollo, dentro de las nuevas condiciones mundiales impuestas



por el imperio norteamericano, sucesor del inglés; y en momentos en que surgía (gracias a la inversión en empresas sobre todo textiles de las exportaciones mineras y del café) una tímida industria nacional y lógicamente un débil proletariado, que no obstante desde su mismo nacimiento empieza su organización sindical y su presencia política con el partido Socialista Revolucionario bajo el liderazgo de Ignacio Torres Giraldo, Tomás Márquez y María Cano.

Estos propósitos se lograron en buena parte con el tratado Urrutia-Thomson, que abrió a Colombia a la inversión internacional y por el cual se entregó al país una indemnización de 25 millones de dólares por la pérdida de Panamá, que serán recibidos en el gobierno del general Pedro Nel Ospina, quien los invertirá en la construcción de la infraestructura vial, con no pocas críticas por esta inversión. Suárez mismo, por ejemplo, era partidario de que la indemnización se invirtiera en la creación de un Banco Nacional que con el apoyo de la Banca Internacional duplicara el monto de ella y se dedicara a la promoción del desarrollo de la infraestructura del país, especialmente sus vías férreas y carretables y sus puertos.

Esta tarea política nacional e internacional le produjo al señor Suárez,

naturalmente, muchos problemas e incomprensiones internos, y es la raíz de la idea que se tiene en algunos sectores, de que el señor Suárez era simplemente un esbirro del imperialismo yanqui y un gobernante “inepto”. Apesar de su indecisión respecto al imperialismo norteamericano, no hay tal. A este respecto, es importante señalar la carta que dirige el 28 de febrero de 1920 a la legación colombiana en Washington, en el cual dice al Dr. Urueta, encargado de la Legación, y publicada en el importante libro de Marco Palacio y Frank Safford, *“Colombia país fragmentado”*, pág. 518: “A Colombia le convendría tal vez negociar directamente con Panamá límites, deuda y relaciones. Así, satisfaríanse grandes necesidades, aunque se olvidaran los 25 millones, equivalente hoy a mucho menos en otro tiempo (...) Si se lograra que los panameños reconocieran límites y estipulaciones referentes a deuda y lo demás, nada importaría dejar de pensar en dinero y hasta quedaría mejor el honor nacional. Colombia entonces podría decir: Fui despojada, insultada y burlada indefinidamente y no quiero seguir en semejante expectativa. Esa conducta de absoluta prescindencia sería un acto decoroso y la sanción tácita contra una de las más grandes injusticias inferidas a una nación débil por una nación prepotente e inicua”. ¿Habla así un esbirro del imperialismo? Pero los intereses políticos internos enemigos de Suárez no le dejaban ningún margen de maniobra y, en su indecisión, siguió en la tarea de defender el tratado Urrutia Thomson.

Cuando estalla la primera guerra mundial en 1914, que es la guerra en la cual las grandes potencias tratan de redistribuirse el mundo, porque Alemania estaba separada de esa distribución y buscaba por medio de la guerra, lograr un pedazo de la tajada imperialista, el señor Suárez era Canciller de la República y en lugar (como hicieron otros países latinoamericanos) de alinearse sin ninguna condición con los Estados Unidos, declara la neutralidad del país en esa guerra mundial.

¿Por qué declara la neutralidad? Primero, porque no estaba de acuerdo con el estallido de la guerra, y no estaba de acuerdo en buena parte porque era más amigo de Alemania, que de los Estados Unidos, como Reynaldo Matiz en el Huila. Además, para seguir las orientaciones del papa Benedicto XV en su calidad de católico ferviente.

Él veía con claridad que los Estados Unidos, como lo había

comprobado con la separación de Panamá, eran una amenaza para los países latinoamericanos y que más fácilmente había posibilidades de desarrollo económico para éstos países con Alemania, que con los Estados Unidos, como lo comprobaban sus avances en la aviación y las telecomunicaciones y sus aportes a Colombia en esas industrias básicas.

La negociación y firma del tratado Urrutia-Thomson, que permite la reanudación de las relaciones con los Estados Unidos (concreción de su “*respite polum*”), el pago de una indemnización de 25 millones de dólares por los perjuicios recibidos por Colombia con la Independencia del departamento de Panamá, que por el mismo tratado se reconoce, es el factor que causa su retiro –que no renuncia- de la Presidencia. Laureano Gómez y Alfonso López Pumarejo fueron los líderes de la terrible campaña de difamación, en parte con ataques personales al señor Suárez, con el fin de boicotear la firma de ese tratado, pero finalmente aceptan su retiro de la presidencia de la República, a la que no renuncia, insistimos, porque él continuó siendo el Presidente titular, aunque no quiso nunca retomar el mando. Ese retiro de la Presidencia, en noviembre de 1921, se produce con la condición, primero, de que se eligiera en su reemplazo al designado por él propuesto, el general Jorge Holguín; segundo, que se continuara en el parlamento la discusión de las acusaciones lanzadas por Laureano Gómez, condición que no se cumplió en ése momento, pero que se cumplirá seis años después, cuando la Cámara misma declara que el señor Suárez es inocente de los cargos que Laureano Gómez le ha hecho; y tercero, que se apruebe el tratado Urrutia-Thomson, tantas veces explicado.

Es el comienzo de la entrada de Colombia a la modernidad económica, sometida hasta allí al más absoluto aislamiento internacional al que nos había condenado la Regeneración; y es el fruto político económico más importante de la actividad de Suárez. Es también el ingreso definitivo de Colombia al área de influencia de los Estados Unidos que ya había marcado su dominio imperial con la separación de Panamá para poder construir el Canal y numerosos actos de auténtica piratería en otros países de América Latina, convertida en su patio trasero. A este respecto es de anotar que ese fatal hecho

geográfico, histórico, económico y político –nuestra inserción en el patio trasero del imperio norteamericano- quizá se hubiese impedido, **si** las condiciones históricas y económicas del mundo y nuestro país hubieran sido otras; **si** al dominio mundial de Inglaterra, hubiera sucedido uno de Alemania, como querían Suárez, Matiz y miles de colombianos, o Francia, como habrían deseado los liberales, y no el de Estados Unidos; **si** en lugar de la Regeneración, hubiera continuado el régimen federal; **si.... si..** En fin, utopías y ucronías. La realidad es que quedamos inmersos en la zona de influencia norteamericana y allí teníamos –tenemos – que operar históricamente, combatiéndola o adaptándonos a ella, pero dentro de ella.

El presidente Suárez hizo más: con su ministro de hacienda Esteban Jaramillo, sancionó la ley 58 de 1918 que creó el impuesto sobre la renta, uno de sus grandes logros en materia de ordenamiento económico, y que contribuyó en gran manera a iniciar una toma de conciencia sobre los problemas fiscales del país. Y con motivo de la terminación de la I Guerra Mundial, que originó por parte de Europa una tremenda demanda de materias primas y alimentos de todo el mundo, Colombia participó en ese fenómeno exportando lo que tenía –sobre todo café- lo que provocó una gran prosperidad inicial, pero también inflación, que se revertirá luego en una crisis económica por la situación fiscal y social, y la caída de los precios del café en la bolsa de Nueva York, que trata de enfrentar Suárez con el ministro Esteban Jaramillo con acertadas medidas que, sin embargo, no logran capear del todo y sume su gobierno en la crisis económica que sus enemigos aprovechan para combatirlo y señalarlo como “inepto”.

Pero Suárez no solamente hace todo esto como presidente de la República: cuando le toca enfrentar el incipiente movimiento obrero bastante combativo, el gobierno del señor Suárez declara la legalidad de las huelgas, derecho hasta ése momento desconocido en el país, aunque en términos generales siga la política de su partido, el conservador, respecto al problema social, que pretende solucionar, ingenuamente, con la caridad cristiana, haciendo honor a su religiosidad y formación intelectual.

Y el 16 de marzo de 1919, se presenta el primer gran enfrentamiento de la clase obrera colombiana con el gobierno. Para protestar contra

un decreto presidencial que autorizaba la compra en el extranjero de uniformes y botas militares para la conmemoración del primer centenario de la Batalla de Boyacá, el 7 de agosto de 1919, los dirigentes socialistas organizaron una manifestación en Bogotá. Después de que los líderes conferenciaron con el presidente Marco Fidel Suárez, quien les informó la derogatoria del decreto, al intentar un grupo de manifestantes penetrar violentamente al Palacio Presidencial, se produjo un enfrentamiento con una patrulla militar que causó la muerte a 7 manifestantes y heridas a 15 más. Son las primeras víctimas obreras socialistas de la represión oficial, proclaman con razón los líderes de ese partido recién fundado. El presidente Suárez destituye al Comandante de la Guardia Presidencial, general Pedro Sicard Briceño, acusado de haber dado la orden de disparar y lo pone a disposición de la justicia.

Le corresponde, pues, al señor Suárez, quien, para expresar y satisfacer las ideas de la clase terrateniente que en ese momento representaba, había declarado en varios escritos suyos que en Colombia no existía el proletariado, dictar las primeras leyes sobre las huelgas y demás derechos de los obreros y vivir en carne propia el primer enfrentamiento sangriento del proletariado con el gobierno. ¡Paradojas en la vida de un intelectual metido a gobernante de la clase dominante!

En otro sentido, Suárez en su gobierno, no solamente impulsa las vías de comunicación, sino que introduce el telégrafo inalámbrico, la posibilidad de conectarse directa e inmediatamente con Estados Unidos, Francia, Inglaterra y Alemania; eso, ahora en la época del Internet y de las grandes cadenas noticiosas como CNN, puede parecernos de poca importancia, pero antes de la introducción de las comunicaciones inalámbricas, una comunicación con Londres duraba 3 semanas; ¡ahora dura menos de 3 microsegundos!

Desde 1865, en el gobierno de Manuel Murillo Toro, en Colombia, y de Pedro Justo Berrío en Antioquia, teníamos el telégrafo eléctrico cuyos mensajes eran transmitidos por alambres físicos y por cable, pero el radio telégrafo inalámbrico, que permite una mayor velocidad de las comunicaciones, solamente se logra en el gobierno del señor Suárez.

El señor Suárez, además, inicia la aviación en el país, por eso la base aérea de Cali se llama Marco Fidel Suárez, porque los miembros de la Fuerza Aérea Colombiana saben perfectamente que él es el creador de esa arma y del reconocimiento de la importancia de la comunicación aérea.

Esta es pues, la tercera etapa de la vida del señor Suárez, que se desarrolla entre 1900 y 1921; es la más agitada política y administrativamente y la que amargarán más duramente su vida.

Pero la cuarta es la que tiene una mayor calidad intelectual y literaria. Ella se desarrolla desde su retiro de la presidencia de la República en noviembre de 1921, hasta el 3 de abril 1927, fecha de su muerte.

Inicia entonces la publicación de *los “Sueños de Luciano Pulgar”* que tiene como base, claro está, su defensa de las acusaciones que le hace Laureano Gómez en ese tiempo y sobre todo, en un hecho muy importante en la vida personal del señor Suárez: él había escrito un folleto, *“Honores y deshonra”*, con el fin de responder a esas acusaciones tantas veces mencionadas. Introdujo los originales de ese folleto para su publicación a la imprenta de los salesianos, que eran de su confianza; y de la imprenta, por arte de no se sabe qué argucias, el señor Laureano Gómez se roba los originales del folleto y lo publica a su amaño con una serie de tergiversaciones sobre la realidad de lo escrito. Es decir, no solamente le roba los derechos intelectuales sobre una tarea literaria que había desarrollado, sino que además, lo utiliza como un arma contra el propio autor, el señor Suárez. Por lo tanto, éste inicia la publicación de *“Los sueños de Luciano Pulgar”* denunciando ese hecho y publicando el texto verdadero, original, del folleto *“Honores y deshonra”*.

Ese es el origen de *los “Sueños de Luciano Pulgar”* que son publicados en el periódico de mayor circulación en el país, en ese entonces, el Nuevo Tiempo, en entregas semanales de dos páginas del periódico, tamaño universal que ahora solo conserva EL TIEMPO, pues los demás se han reducido al tabloide de más fácil manipulación por la gente.

Publicará 173 sueños sobre los más diversos temas: historia,

filosofía, política, defensa de su gobierno, divulgación de los aspectos principales de su vida, un sueño dedicado a su municipio de origen, Bello, el sueño del Padre Nilo, un sueño dedicado a la exposición de lo que había sido su gobierno. Estos sueños dedicados a temas filosóficos y gramaticales de gran profundidad, son reunidos en 12 volúmenes que conformaron su tarea intelectual, por lo cual lo recordamos fundamentalmente.

Una hipótesis básica de este ensayo, que exige más amplia reflexión y documentación que por el momento no disponemos, es la de que Suárez llevó la ideología conservadora a su máxima expresión y desarrollo en Colombia, por su acción política y su actividad literaria y filosófica que lo convierten acaso en el último y más notable ideólogo del conservatismo, pero su acción administrativa como ministro y como presidente cavó la fosa política de su partido, porque creó las condiciones para su caída en 1930: el desarrollo capitalista, aun deforme y dependiente. con la aparición de la industria y el proletariado, fruto, repetimos de la inversión del producto de las exportaciones mineras y cafeteras en una industria liviana, que no en la básica de la producción de maquinarias para ella, pero también en buena parte por la inversión de los 25 millones de dólares de la indemnización por Panamá y el flujo de capital norteamericano, que fueron resultado objetivo de la obra administrativa del señor Suárez.

Y otra: en definitiva, ¿quién fue Suárez? Un campesino pobre, mejor, un aldeano humilde, que logró superar tal condición por su asombrosa inteligencia y el apoyo del clero, primero, y luego de la elite intelectual bogotana, bajo el liderazgo de Miguel Antonio Caro; se elevó, por sus méritos intelectuales, a los más altos rangos de la atrasada sociedad campesina de entonces y se convirtió en uno de sus ideólogos principales –con Caro--, sin gozar personalmente de sus ventajas económicas y sociales, porque las despreciaba, convencido de que lo único que valía la pena eran sus estudios lingüísticos y filosóficos; un científico, un auténtico intelectual y filósofo cristiano; un hombre medieval, en una sociedad que no lo era, enredado en la lucha política del partido católico conservador, con la que estaba de acuerdo, por supuesto, pero que era ajena a su espíritu y su carácter; para la cual no tenía temperamento; la veía como una selva donde sus palabras

eran mal interpretadas y sus motivos distorsionados, y no la sabía manejar muy bien porque carecía de las cualidades para ser un buen político colombiano: no era buen orador, aunque escribía magistrales discursos; no sabía mentir “tácticamente”; no tenía mucha capacidad de negociar minucias con los demás partidos y aun con las fracciones del suyo, por su ortodoxia, aunque era un gran negociador en temas de gran altura e importancia, y logró ver triunfante su bandera de la unión conservadora en las dos primeras décadas del siglo XX al conseguir la unión de nacionalistas e históricos, base de su elección presidencial.

¿Por qué, entonces, se lanzó a la lucha política? Primero, por solidaridad con quienes lo apoyaron en los comienzos de su vida pública, en especial don Miguel Antonio Caro, bajo cuyas banderas militó siempre. Y segundo, íntimamente ligado a lo primero, para defender la religión católica, de la cual era hijo predilecto y cuya jerarquía, que lo formó intelectualmente, le exigió su participación en la política nacional por considerarlo su mejor vocero laico.

Y en una época en que ser militar era casi una condición para ser político, a causa de las permanentes guerras civiles, Suárez no fue militar. Era un pacifista integral. A pesar de que al estallido de la contienda de 1876, la única guerra civil general de la época federal, -declarada por la Iglesia Católica y los Estados conservadores de Antioquia y Tolima, contra el gobierno radical del católico Aquileo Parra-, tenía 21 años, edad ideal para ser reclutado, y de que como estudiante del Seminario de Medellín parecía estar predestinado a jugar importante papel, no participó activamente en ella; y se burlaba de su única actuación bélica en Antioquia en un conflicto local posterior, en 1879, y hasta se puso un apodo: Frutos Calamocha, que demuestra ese desprecio por el militarismo. Tampoco tuvo participación militar en la guerra de 1895 y en la de los Mil Días (1899-1902) y menos tuvo que ver con la separación de Panamá, como desinformados enemigos ideológicos suyos han pretendido modernamente. Fue, sí, el artífice de la política del “respice polum” (mirar al polo) que restableció la comunicación de Colombia con el resto del mundo, incomunicada como estaba desde la separación de Panamá, con su labor diplomática y política por la

aprobación del Tratado Urrutia-Thomson, que lo llevó a abandonar la presidencia de la República para que él fuera aprobado.

En resumen, el señor Suárez es importante, claro, porque fue Presidente de la República, y fue un buen presidente dentro de las limitaciones del régimen del que formaba parte, pero fundamentalmente, porque fue el mejor analista de la política internacional (se dio cuenta de que el mundo había salido del imperio inglés del libre comercio y entrado a la hegemonía del imperio dirigido por los Estados Unidos); creó la Doctrina Bolivariana, fijó los límites de Colombia con sus vecinos y desarrolló una tarea intelectual inmensa con *“Los sueños de Luciano Pulgar”* y sus otras obras.

El señor Suárez, pues, es uno de los más grandes intelectuales, filólogos y gramáticos del país. Es el creador, el sustanciador de su política internacional durante, por lo menos, cuarenta años y es el presidente en cuyo mandato se introdujo a Colombia –precariamente, como no podía ser de otra manera- la modernidad, aunque él no estuviera muy de acuerdo con ella por su formación religiosa, filosófica e intelectual. Ese sería el resumen de una vida de gran esfuerzo personal, de un hombre nacido de la entraña misma de nuestro pueblo y que llegó a los más altos sitios que la democracia colombiana ofrece a sus hijos.

Presencia del Huila en los “Sueños de Luciano Pulgar”

Don Marco Fidel Suárez en sus *“Sueños de Luciano Pulgar”*, en más de un centenar de sus aproximadamente 4.500 páginas, se refiere a hechos, lugares y personajes del Huila, departamento que no conoció físicamente porque no estuvo entre las regiones por él visitadas cuando fue presidente de la República y llegó hasta el Chocó y los departamentos del norte y el sur del país. Las referencias van desde anotaciones sobre personajes de la región (José María Rojas Garrido, Francisco Eustaquio Álvarez, Lorenzo Cuéllar Molina, Luis Salas B., Filomeno Borrero, monseñor Rojas Tobar) hasta los asuntos de la navegación del río Magdalena, la presencia de Scadta. y la estatuaría de San Agustín.

En primer lugar, debemos destacar que en la edición de los Sueños que utilizamos aquí según se indicó antes, el tomo VII se inicia con un magistral prólogo de Julián Motta Salas quien en sus 25 páginas (las 11 a 36 de este tomo) diseña un sesudo retrato literario del señor Suárez, prólogo que señala a Motta Salas como el primer escritor huilense en ocuparse de Luciano Pulgar.

Uno de los temas recurrentes de los Sueños es el permanente combate contra el radicalismo liberal, el estado federal que este implantó en Colombia con la Constitución de Rionegro en 1863 (que Suárez ayudó a derribar en la contrarrevolución regeneracionista de 1886) y contra sus hombres, entre ellos el huilense José María Rojas Garrido, quien es mencionado seis veces generalmente para atacarlo, aunque la primera mención en ‘El Sueño de Cuba’, página 204 del tomo III de la edición que citamos, lo hace para exaltar su “voz argentina”, que no es alabada en “El Sueño de las salinas”, página 130 del tomo VI, en el que censura a los jóvenes que como Rojas Garrido, despreciaban la gramática. “Ese orador, escribe Suárez, al lanzar su candidatura (presidencial) puso entre los números de su programa la persecución a las cosas gramaticales. Aquello fue extraño, ciertamente; pero más raro ha sido que con el correr de los tiempos el doctor Rojas haya sido calificado predecesor de Littré, primer lexicógrafo de Europa en el siglo XIX”. Y remata Suárez: “Y así dirán que no somos la república de las hipérboles”. En la página 269 del tomo VII, en “El Sueño del doctor Tobar”, en elogio del presidente Mariano Ospina Rodríguez, el señor Suárez escribe: “Rojas Garrido encargaba sus discípulos que no perdieran ni una de las conferencias que dictaba el gran profesor públicamente sobre varios ramos de las ciencias políticas”. ¡Homenaje implícito a la autoridad de un contrincante! En “El Sueño de la pena de muerte” (tomo VIII, página 98), hablando del gran tribuno liberal Antonio José ‘Ñito’ Restrepo que se enfrentó a los conservadores en defensa de la vida en histórico debate, y tras señalar “la actitud extremada” de Restrepo en defensa de sus ideas, expone que ellas son fruto “del camino de tribunos a quienes oyó y cuyas lecciones recibió en su juventud como el doctor Francisco Eustaquio Álvarez y el doctor Rojas Garrido, insuperables ejemplos de parcialidad, que los años no han templado en sus influjos sobre nuestro senador”. Hablando de esos mismo debates sobre la pena de muerte, defendida

por los conservadores y atacada por los liberales radicales vuelve el señor Suárez a citar, en "El Sueño de las Penitenciarías" (tomo VIII, página 121) a Francisco Eustaquio Álvarez y Rojas Garrido como los más notables expositores del ideario liberal y de la filosofía utilitarista, cuyo divulgador entre nosotros, Ezequiel Rojas, era consagrado por Rojas Garrido ("El sueño de la avenida", tomo VIII, página 372) como "el inventor de la moral", dicho sarcásticamente por Suárez, quien no oculta su satisfacción, en la página 376 del mismo "Sueño" en el mismo tomo, porque Rojas fuera admirador del doctor Mariano Ospina Rodríguez, el fundador del conservatismo colombiano. Y hasta aquí, las referencias de Suárez al gran orador huilense.

En nueve ocasiones, la mayor cifra en estas referencias, los Sueños se ocupan de otro huilense notable del siglo XIX, Francisco Eustaquio 'el Macho' Álvarez, para enfatizar que siendo radical, fue severo crítico de su partido, y produjo la cínica y antidemocrática reflexión de que un partido no debe ser tan estúpido de dejarse quitar el poder conseguido con las armas, y por el influjo de sus ideas progresistas, por arte "de unos papelitos" (los votos), obtenidos en unas elecciones amañadas, en un país campesino atrasado dominado por un clero montaraz e ignorante...y su partido conservador católico. La diatriba suarista contra el radicalismo y el estado federal que gobernó el país de 1861 a 1886, se encuentra a todo lo largo de las más de 4.500 páginas de los 173 sueños, pero se concreta más, y se personaliza en Francisco Eustaquio Álvarez y Rojas Garrido, en "El sueño de la pena de muerte", páginas 98 a 101 del tomo VIII. Sin embargo, en "El sueño de la estatua" (tomo VIII, páginas 285 y 287), el señor Suárez se refiere elogiosamente al "Macho" Álvarez, a quien califica honrosamente de "repúblico", que tronaba contra la impunidad en el régimen federal cuando se relajaron y rebajaron las penas contra la delincuencia. Una larga cita sobre el tema se inserta en la página 287. Nueva referencia al jurisconsulto huilense hace el señor Suárez en "El sueño de los jesuitas" en la página 173 del tomo IX, para recordar que Álvarez calificaba de "Alcorán" la Constitución de 1863 por la imposibilidad legal de reformarla, tema que es tratado de nuevo en "El sueño del pozo artesiano" (tomo XI, páginas 126 y 127) en el que atribuye al Macho la versión de que la Carta de Rionegro no contenía un solo artículo bueno, lo que sí pasa con El Corán de los mahometanos. Finalmente, en "Otro Sueños de Núñez" (tomo V,

página 24) el señor Suárez eleva a Francisco Eustaquio a la categoría de “alto adversario” de Núñez, para él el más grande estadista de la historia colombiana....

José María Rojas Garrido y “El Macho” Francisco Antonio Álvarez, entonces, son los personajes del Huila que mayor espacio obtienen en los Sueños de Luciano Pulgar.

Un tercer personaje huilense, el laboyano Lorenzo Cuéllar Molina, poco estudiado por la historiografía regional, pero de indudable protagonismo nacional, aparece en los *Sueños de Luciano Pulgar*. Su nombre es el primero de un huilense en imprimirse allí, exactamente en la página 77 del tomo II, en “El Sueño del Banco”. El señor Suárez se empeñó, desde su presidencia y luego en su tarea periodística, en que los 25 millones de la indemnización de Panamá fueran invertidos en la creación de un Banco de la Nación colombiana “comparable guardadas proporciones con el de la nación argentina que mucho alegraba al bueno de don Lorenzo Cuéllar”, escribe en esa página. Y en la 263 del mismo tomo, en “El sueño del fracaso”, Suárez insiste en que el “lamentado don Lorenzo” le hablaba mucho del Banco Nacional, lo cual demuestra la estrecha amistad que los unía. ¿Quién era este personaje huilense digno de ser mencionado por el señor Suárez en su Sueños y en tan importante asunto? De él tenemos una minibiografía escrita por su sobrino José H. Cuéllar, aparecida en la revista ‘Huila Histórico’, números 9 y 10, de julio-agosto de 1933, y un extenso artículo titulado “Fundaciones benéficas de don Lorenzo Cuéllar”, en la misma revista, en el cual se reseñan las propiedades que el filántropo dejó a una Sociedad de Caridad para la educación de niños pobres en Bogotá. De ese artículo se infiere que don Lorenzo, cuyo busto adorna una vía en Pitalito, su patria chica, tenía estrechas vinculaciones económicas con la Argentina, por lo cual pudo enseñar al señor Suárez la ley, decretos y reglamentos del Banco de esa Nación, según lo narra en “El sueño del despilfarro” (tomo III, página 65). Y en “El sueños de las alas” (tomo XII, páginas 367 y 368) el señor Suárez escribe que don Lorenzo Cuéllar no solo fue uno de los fundadores del Partido Nacional de Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro, columna básica de la Regeneración y la Constitución de 1886, sino que formó parte de su primera Dirección Nacional, como principal, con los

generales Rafael Reyes y Leonardo Canal y los doctores Antonio Roldán, Julio E. Pérez y José Vicente Uribe. ¡Un huilense, miembro de la Dirección Nacional del partido que impuso la Constitución de 1886 vigente por más de 100 años en Colombia! No han reivindicado mucho —es decir, nada—, nuestros historiadores conservadores este distinguido personaje de sus filas.... En Wikipedia, descendientes suyos informan que “Don Lorenzo nació el 10 de agosto de 1840 en Pitalito, punto de convergencia de las rutas comerciales creadas por la exportación del caucho y la quina. Descendiente de una familia de profundas convicciones cristianas y formado dentro de la disciplina del trabajo, ingresó a ese grupo de colombianos que iniciaron la colonización de la selva amazónica, explotación del caucho, del quino (sic), del café y la ganadería. Su destacada labor como exportador lo colocó en los primeros puestos de la actividad económica nacional. Compartió sus conocimientos en esas materias con el general Rafael Reyes, con quien le unieron lazos de amistad. Conoció como el que más las limitaciones de nuestra incipiente cultura y los núcleos de pobreza y abandono que iban extendiéndose por las ciudades y los campos”.

Don Lorenzo finalmente, murió en Bogotá el 23 de octubre de 1920, según documento publicado por el historiador laboyano Ricardo Ayerbe en su reciente libro.

Con menor extensión, otros personajes del Huila son mencionados en los Sueños: los obispos Ismael Perdomo Borrero y Esteban Rojas Tobar; los generales Nicolás Perdomo, Arcadio Charry y Luis María Ruiz; el famoso tegua Miguel Perdomo, y el viajero Filomeno Borrero, pero sin la importancia dada a estos.

Así, en la página 210 del tomo II, en “El sueño de la gratitud”, el señor Suárez menciona a Filomeno Borrero y su libro, “bien escrito y muy interesante”, *‘Recuerdos de mis viajes por América, Europa, Asia y África en 1874’*, obra olvidada hoy y que merecería una reedición, pues se trata de la interesante visión que del mundo tenía un huilense culto del siglo XIX. De don Filomeno vuelve a interesarse el señor Suárez en “El sueño del empréstito”, página 25 del tomo XII.

Es curioso que las figuras de los obispos Esteban Rojas Tobar,

ferviente partidario en el Huila de la candidatura presidencial del señor Suárez, y monseñor Ismael Perdomo Borrero, el discípulo de Rojas que llegó a ser arzobispo primado de Bogotá, no le hayan merecido a Luciano Pulgar sino muy breves referencias en sus largos Sueños. De monseñor Perdomo Borrero escribe dos veces: la primera, en “El sueño de las promesas” (tomo III, página 168) hablando de monseñor Bernardo Herrera Restrepo (de padre huilense y madre antioqueña) de quien dice uno de los contertulios del señor Suárez, Justino, que Pulgar habló en un discurso sobre Herrera Restrepo, “del entonces obispo de Ibagué y hoy (octubre 23 de 1923) arzobispo auxiliar del primado, señaló las obras inspiradas por su celo pastoral y al mismo tiempo por su habilidad en las disciplinas sociales”. Y la segunda, en “El sueño de las carreteras” (tomo X, página 217), habla del poblado tolimense San Miguel (¿) de Perdomo “población nueva, honrada con el nombre del señor arzobispo auxiliar”. Pero en ninguna de las dos citas Suárez estampa el nombre propio del prelado, sino su cargo eclesiástico; y en la segunda, parece identificarlo, acaso por un error en el nombre del poblado, como “Miguel” en lugar de “Ismael”...

Sobre Rojas Tobar no hay sino una referencia, en “El sueño de San Javier”, tomo X, página 266, donde escribe: “el señor Obispo Rojas, prelado santo que ha hallado su Tebaida y su Nitria, en las soledades de nuestro Sur Oriental”, refiriéndose así a la presencia del Obispo en Belén de los Andaquíes...

En “El Sueño del Nacionalismo”, página 268 del tomo V, figura entre los destinatarios de una carta de Suárez a jefes nacionalistas para abogar por la unión conservadora, la mayor obsesión de su vida política, el general Nicolás Perdomo, uno de los líderes de ese sector en el Huila, vencedor de la batalla de Matamundo.

Arcadio Charry, el legendario jefe del conservatismo huilense, jefe indiscutible del “nacionalismo” aquí, llamado “charrismo” por su liderazgo, figura en “El Sueño de las Salinas” tomo VI, página 120, como firmante de la carta que distinguidos miembros de ese partido enviaron al señor Suárez el 18 de agosto de 1915 sobre la unión conservadora de la que Suárez era “campanero” y respondida por él con elogios sobre sus corresponsales.

En la página 123 del mismo tomo VI, y en el mismo “Sueño” aparece otro huilense, Alfonso Medina Camacho, quien será el noveno gobernador del Huila, como firmante de otra carta, del 14 de agosto de 1915 sobre el mismo asunto de la unión conservadora.

El famoso curandero huilense del siglo XIX que llegó a deslumbrar con sus artes medicinales no solo la Huila sino a Bogotá, Miguel Perdomo Neira, es citado en “El Sueño del perdón” (tomo IX, página 87) como “aquel tegua descomunal (...) salido de los Andaquíes con el secreto hemostático, agregándole el purgante heroico que él llamaba ‘toro’, recorría como enviado milagroso los estados soberanos del Tolima, Cundinamarca y Antioquia”.

En la página 388 del tomo XI, en “El sueño del Inventario”, y hablando de las diversas grafías del nombre Marco o Marcos, dice que “en Groot figura un señor Marcos Antonio Rivera, de Neiva”, sobre quien no agrega ningún otro dato.

En el tomo IX, páginas 264 y 265, en “El sueño del virrey Solís”, el señor Suárez habla del médico Agustín Uribe y su familia. “Los Uribes –escribe- han sido en Neiva insignes defensores del partido conservador junto con los Córdobas, Ortices, Perdomos y otros patriotas, y especialmente los Riveras, entre quienes ha sido honroso un nombre que recuerda al de otro de los antiguos próceres de España”. Habla así, el señor Suárez del general Pedro Rivera, tronco de la ilustre familia de la que formaron parte los generales Napoleón y Olegario, epónimo de la Biblioteca Departamental del Huila, y el gran poeta y novelista José Eustasio Rivera.

Un personaje que, sin ser huilense, está vinculado a la historia del Huila y especialmente a la de la navegación del río Magdalena, es Alejandro Weckbecker, vinculado a la navegación colombiana en el siglo XIX, cuyo vapor *Moltke* llegó a Neiva el 10 de mayo de 1875. En “Otro sueño internacional”, tratando del asunto Pérez Triana que ocasionó a Colombia un conflicto económico con los Estados Unidos, en la página 236 y siguientes del tomo III, uno de los principales contertulios de los Sueños, Donato, dice: “También hemos oído hablar de las demandas del señor Alejandro Weckbecker, sustentadas, según se dice, por la legación de los Estados Unidos”. A lo cual responde

Luciano: “Aunque en la discusión del incidente Pérez Triana la legación trató de equiparlo con el arreglo del asunto Weckbecker, los casos fueron muy diversos. En este último se trató de un sujeto nacido en Alemania, nacionalizado en Estados Unidos y domiciliado durante muchos años en Colombia; además, la controversia fue de orden absolutamente civil, por cuanto consistió en pleitos muy prolongados que sostuvo Weckbecker contra la Nación o contra Cundinamarca, sobre la propiedad de la hacienda de Pescaderías y sobre derechos que alegaba a los terrenos de “Madre de Dios”, once leguas a lo largo del río Magdalena (...) En cuanto a don Alejandro Weckbecker, su nombre debe subsistir en la memoria de muchos que lo conocieron, y también en obras públicas que intentó con tenacidad incomparable, aunque por eso mismo sin persistente resultado. Alto como uno de los soldados que para su guardia buscaba el primer Federico, vestido siempre de sencilla levita y “cubilete”, rozagante y risueño bajo la carga de sus muchos años, porfiado en grado tremendo, era al mismo tiempo amable por su candor y por sus brotes de cariño. Jamás, a pesar de ser alemán, pudo aprender nuestra lengua, cuyas jotas lo vencían especialmente, de suerte que siempre decía “veves” por jueves, “Mira, me decía, el escapulario que me mandó la abadesa”, refiriéndose a una religiosa hermana suya y superiora de un convento en Alemania. “Hombre, me decía otra vez, aunque ya el trato es trato, haz de manera que me quede la isla de Conejo, porque quiero irme a sembrar cacao”. Don Alejandro construyó el vapor *Moltke*, y trayéndolo al alto Magdalena, fue hombre de aportar con él a Neiva en 1875, después de cuatro meses de bregas y peligros. Sí, entre los extranjeros hará habido hostiles e importunos; pero también los ha habido amigos”.

Finalmente, en este tema de personajes del Huila citados en los “*Sueños de Luciano Pulgar*”, en el tomo XII, página 118, aparece el nombre del “general Luis María Ruiz J., de Garzón”, como el destinatario de una carta dirigida a él por el señor Suárez, agradeciéndole y declinando un homenaje por su tarea en la unión conservadora, asunto en el que insiste en la siguiente página 125. El general Ruiz J., citado también en alguna edición de la revista “Huila histórico” de la primera época de la Academia Huilense de Historia, debió ser muy importante en el Garzón de los primeros años del siglo

XX, como para que un dirigente nacional como Suárez le escribiera y le agradeciera un homenaje. No conozco, sin embargo, ninguna otra referencia a él, y acaso, como ocurre con don Lorenzo Cuéllar en Pitalito, los historiadores de Neiva, que también son centralistas, no se han ocupado suficientemente de personajes de los pueblos, y en Garzón se ha perdido su huella, que vale la pena redescubrir.

Y hasta aquí las referencias a personajes del Huila en los *“Sueños de Luciano Pulgar”*. Vamos a ver enseguida en la enciclopédica obra del señor Suárez las menciones a hechos y lugares del Huila, distintas a estas, y en el orden de su aparición.

En el tomo II, además de las ya señaladas sobre los personajes, encontramos las siguientes:

En “El sueño de la eficiencia”, página 135, sin abundar en detalles, y hablando de las riquezas naturales del país, escribe que “En Neiva y Girón dicen que hay ricas minas de oro”.

En la página 260, equivocadamente numerada como 266, en “El sueño del fracaso”, al hablar de los progresos de la aviación, una de las empresas que impulsó en su progresista gobierno, señala que ya “ha avanzado hasta Neiva”, lamentablemente sin mayores detalles.

Sobre el ferrocarril del Huila y Caquetá, una de sus empresas preferidas, el señor Suárez, en la página 272, del mismo sueño, informa que se le invirtieron en su administración \$900.00, y en la siguiente escribe: “El día que se organice bien un servicio de vapores en el alto Magdalena podrá realizarse ese propósito”, el de una carreterita de Caracolí a Arrancaplumas, en el Tolima, para evitar el salto de Honda, y unir la navegación del alto y medio Magdalena, uno de sus sueños. Sobre esta empresa, la navegación del río entre Neiva y Barranquilla, vuelve en “El Sueño del para nada”, en la página 282. Como se ve, ¡el gramático no vivía solo en las nubes filológicas, sino que tenía los pies bien puestos en la realidad nacional y se preocupaba por la aviación, los ferrocarriles y la navegación en el río Magdalena!

En el tomo III, en “El sueño de Cuba”, página 198, en un delicioso estudio sobre voces populares referidas a los alimentos, Suárez

señala que el “conque” o acompañamiento del chocolate que se consumía en Tocaima eran “el bizcocho y los patacones de Neiva”.

En el tomo VI en “El Sueño del Directorio”, página 52, el señor Suárez dice tajantemente que los nombres de Neiva y Zuaza (así lo escribe), que parecen indígenas, son en realidad españoles, pues figuran en textos castellanos anteriores al descubrimiento. Y en la página siguiente, 53, recuerda que Humboldt afirmaba que el “Orinoco ¡nace aquí detrás a las espaldas de Neiva”!

En el tomo VII, página 73, en “El sueño de la perfección”, escribe que “El Magdalena ostenta en sus playas de Mompós los arbustos cuya semillas lleva desde las playas de Neiva”.

En el tomo IX, en las páginas 65 y 102, en “El sueño de Cartagena” y “El Sueño de Medellín”, respectivamente, menciona de pasada el nevado del Huila, entre las alturas de los Andes colombianos.

En el tomo X, página 79, en “El Sueño de los peligros”, se encuentra la única referencia del señor Suárez a la cultura de San Agustín, más bien despreciativa, pues no parece que hubiera leído al “sabio” Francisco José de Caldas, Agustín Codazzi ni a Carlos Cuervo Márquez, que habían escrito sobre esta cultura indígena en su tiempo. Así, dice que si no fuera porque cree su deber dejar constancia de la verdad de su acción como defensor de su partido conservador católico y de su obra como presidente, “no volvería a escribir una línea ni a decir una palabra, temeroso de dañar mi causa; y si estuviera en mi mano, despertaría de estos delirios para sumergirme en el sueño de piedra, no labrado por Miguel Ángel sino por los escultores aborígenes de San Agustín en el Huila”. ¡No los admiraba, pero sabía de su existencia!

En la página 89 de este mismo tomo X, en “El Sueño de Blas Gil y el Moro” hay una fugaz referencia al sombrero Suaza (escrito así por él esta vez), usado por los militares, y en la página 353, en “El sueño de la neurastenia”, una nueva referencia a los proyectos de navegación del río Magdalena “desde Neiva a Barranquilla”.

En el tomo XI, página 224, se refiere a “El padre Laínez (que) estuvo en los Andaquíes de nuestro sur oriental, junto con el padre

Amorós, en la segunda venida de los jesuitas a nuestra tierra”, pero explicando, en la página 225, que “ese fue otro padre, que dio su vida por la salvación de los indios de esas regiones, pero que fue solo un homónimo del segundo general de la Compañía, sucesor del general Loyola”, ¡Como previniendo a ciertos aficionados provincianos a la historia que argüirían, con base en esta homonimia, que el segundo general mundial de los jesuitas anduvo por aquí en siglos pasados, como hacen con otros personajes para enaltecer sus parroquias!

Luego, en la página 289, en “El sueño de las minas”, disertando sobre “fenómenos que presenta el habla acerca de sonidos que varían al principio y al fin de las voces” pone como ejemplo al Huila y Tolima en que en las expresiones como “el libro, un niño, en Neiva, con nadie, mil libras, Gil López”, se atenúan en la pronunciación, convirtiéndose en “el ibro, un iño, en eiva, con adie, mil ibras, Gil Ópez”.

Finalmente, en la página 418 en el Apéndice del tomo XI, se refiere a SCADTA como “Esta compañía colombo alemana que hace volar a los viajeros de la Costa a Neiva”; y en la 454, en su “Exposición sobre el viaje presidencial” informa: “En la línea del ferrocarril del Tolima, colocamos con asistencia del gobernador de ese departamento, la primera piedra de la estación del Huila, que debe ir a la ciudad de Neiva”.

De esta manera, hemos terminado el recuento de la presencia del Huila en los *Sueños de Luciano Pulgar*, un monumento de la literatura y la historiografía colombiana, que sabemos será de interés para nuestra comunidad literaria e histórica, a quienes se dedica con cariño este ensayo.

Neiva, 16 de agosto de 2018

